

otros les hicieron fiestas juntamente y todos les sacrificaron hombres y hacían convites y banquetes muy espléndidos y costosos.

CAPÍTULO XXII. *Que trata del décimo mes de estos indios, llamado xocotlhuetzi, en el cual hacían fiesta al dios del fuego, llamado Xiuhtecuhtli y por otro nombre Ixcozauhqui*



EN EL DÉCIMO MES DE ESTOS INDIOS, que llaman xocotlhuetzi, que quiere decir cuando se cae o acaba la fruta, hacían fiesta al dios del fuego, llamado Xiuhtecuhtli, que quiere decir encendido o cosa bermeja; y por otro nombre, Ixcozauhqui, que quiere decir, cara amarilla; al cual, así como le tenían por gran dios, así, ni más ni menos, le solemnizaban muy celebradas fiestas, haciendo en ellas muchas cosas con que daban a entender que era mucho el contento que recibían en tenerle por su dios. Para esta fiesta iban los ministros del templo de el fuego al monte, en los días del mes pasado, tlaxochimaco, y cortaban un muy crecido y grueso árbol, que tenía de largo veinte y cinco brazas, y así, hojoso y con sus ramas, lo bajaban y traían al dicho templo con grande solemnidad arrastrando, y en el patio de él lo limpiaban y escamondaban y levantaban en alto y lo dejaban estar así hasta la vigilia de su fiesta. Llegada la vigilia, volvían a bajar el palo con mucha reverencia y recato, haciendo muchas invenciones y poniéndole muchos pertrechos a la redonda, para que no cayese de golpe y se quebrase, sino despacio y poco a poco. Derribado en el suelo el madero (lo cual hacían con muchas voces y grande gritería), venían luego de mañana muchos carpinteros con sus hachas e instrumentos y limpiábanlo y dejábanlo muy liso. Luego lo componían y aderezaban de muchos papeles muy pintados y atándole muchas sogas fuertes lo volvían a levantar y a fijar fuertemente. Este palo, decían que representaba al dios de el fuego, como materia en que introduce su forma y ejercita su acción de quemar; por esto ponían toda diligencia, porque ni en el bajarle al suelo, ni en el levantarle en el aire hubiese algún desmán, porque lo tuvieran por grandísima desgracia y contrario agüero.

Llegado el día de la festividad hacían una grandísima hoguera de mucha cantidad de leña, la cual estaba de ordinario cebada y atizada para que no faltase la fuerza y viveza del fuego. Todos los que tenían esclavos dedicados para esta fiesta, se componían y aderezaban muy ricamente; porque éste era el día de su mayor honra y estimación, en especial si era capitán o soldado y lo había preso y rendido en la guerra a ley de valiente y esforzado. Teñíanse todo el cuerpo con tinta amarilla (que representaba la color de fuego) y veníanse muy presumptuosos y arrogantes al templo con sus cautivos y esclavos. Verdad es (según dicen los que mejor lo saben) que los más de estos sacrificantes (si no eran todos) venían al templo el día antes con sus cautivos, y asistían en él y velaban con ellos toda la noche

en sus oraciones y rogativas, como pidiendo al dios fuego recibiese aquel sacrificio con la devoción y voluntad que se le ofrecía. Esta deprecación que hacían era bailando y cantando toda la noche en un solemne baile que hacían. Venida la mañana del día festivo, proseguían con su baile comenzado, y después de haber bailado y hecho aquel día muchas otras supersticiosas ceremonias, ataban a los cautivos de pies y de manos y tomaban ciertos polvos de una semilla llamada yauhtli, y polvoreaban las caras con ellos para que perdiesen el sentido y no sintiesen tanto la muerte cruel que les daban. Hecho esto, cargábanseles a las espaldas o poníanlos sobre sus hombros y comenzaban de nuevo el baile y, dando vueltas al rededor del fuego, iba cada uno echando en él al que llevaba, según le parecía la hora y sazón conveniente, siguiendo unos tras otros con intervalo de tiempo para la mayor solemnidad de la fiesta. El misero cautivo que estaba enmedio de las llamas y encendidas brasas del fuego, comenzaba a quemarse y a sentir los crueles dolores del tormento, pero sufríalos a más no poder, si acaso tenía sentido para sentirlos y no estaba privado de él, con los polvos y remedio que le habían dado. Y después de estar el miserable algo asado en las llamas o brasas, no aguardaban a que muriese, sino que teniendo el ánima entre las tenazas de la muerte y de la vida, basqueando con el dolor de perderla, le sacaban del fuego con un garabato y, echándolo sobre el tajón, le sacaban del cuerpo el corazón medio asado, con que así palpitando acababa de perderla. Caso inhumano y horrendo.

Este mes décimo caía a los cuatro días de nuestro agosto y fenecía a los veinte y tres de el mismo. Donde es muy justo que notemos esta célebre y sumptuosa fiesta hecha a honra del dios Xiuhtecuhtli, o fuego, que no tuvo principio en estos idólatras, sino muy más lejos en naciones más antiguas. Porque este Xiuhtecuhtli o Izcozauhqui, es aquel mismo que por otros fue llamado Vulcano, dios de el fuego, como largamente vimos en otra parte. Y según San Isidoro,¹ Vulcano tanto es como decir *Volans candor* o resplandor que vuela, que es la llama de el fuego, sustentada de el aire y traída de la una y otra parte, sin tener permanencia ni estabilidad alguna. A este Vulcano hacían grande honra y veneraban los romanos y le celebraban fiestas en este mes de agosto, que llamaban Vulcanarias. Y en el día que las celebraban venía todo el pueblo romano y echaban en el fuego todos los animales que sacrificaban. De donde parece claro y manifiesto ser esta fiesta muy antigua y este modo de quemar cosas a honra de el fuego muy usada; pero con esta diferencia, que en esta gente, como más miserable y más sujeta al gusto de el demonio, ofrecía, en lugar de los animales irracionales que los antiguos ofrecían, hombres vivos, arrojados como bestias al fuego (como ya habemos visto), y con esto agradaban los unos y los otros al demonio, a quien honraban, revestido de la figura y forma de el fuego. Pero los athenienses (como lo refiere doctamente Suidas)² en las fiestas que le dedicaron le constituyeron grandes juegos, en los

¹ Ethic. lib. 8. cap. 11.

² Suidas. Verbo. Ceramicus.

cuales le ofrecían sacrificios con muchas lámparas encendidas y luminarias.³ A la cual fiesta llamaron el día de las lumbres o lámparas. Esto hacían con mucha devoción y reverencia, estimando a Vulcano como a dios de mucha estimación: así lo dice Diodoro.⁴ Todos los sacrificios que se ofrecían a Vulcano, habían de ser de todo punto quemados y abrasados; y si alguna cosa quedaba sin quemarse y consumirse, era entre ellos la ofrenda y sacrificio impuro y violado. Pero aquello que en aquellas naciones fue defecto, ya en éstas fue admitido y ordenado de el mismo demonio, que no se acabase de quemar, sino que medio quemado se le sacase el corazón, y así caliente y algo asado se le ofreciese y arrojase a sus pies, como en los demás sacrificios ordinarios se hacía.⁵

CAPÍTULO XXIII. *De la fiesta que hacían estos indios en el undécimo mes de su calendario, llamado uchpaniztli, a la diosa Teteuynan, madre de todos los dioses y por otro nombre Tocitzin*



EN EL UNDÉCIMO MES DEL CALENDARIO MEXICANO tenía su día y fiesta la madre de los dioses, llamada Teteuynan; y ésta, pienso que es aquella antigua Berecinta, tan celebrada de los antiguos gentiles con este mismo nombre, como el glorioso Augustino¹ lo dice, aunque no con sacrificios y ofrendas tan lascivas y deshonestas y con profanidad y actos más de confusión que de devoción, como esotros, según parece y es claro y manifiesto en las unas y otras fiestas. Llamaban a este mes uchpaniztli y caía su primer día a los veinte y cuatro de agosto y fenecía a los doce de septiembre. Pero cinco días antes que entrara este mes uchpaniztli cesaban todas las fiestas del pasado y quedaba el tiempo en sosiego y calma, sin fiesta ni celebración alguna. En entrando el primer día bailaban en el templo dicho, sin teponaztli ni canto, sino en muy concertado y mudo silencio, siguiendo sus compases al son de la fantasía, que era con la que los formaban; y habiendo bailado ocho días a este tono y silencio, componían a la mujer que representaba la imagen de esta maldita diosa con sus aderezos y ornamentos, y acompañábanla grande número de mujeres (en especial de médicas y parteras), y la primera vista que daban al pueblo era con un juego, a manera del de cañas, que los nuestros acostumbra en sus regocijos cuando usan de alcancías y no de cañas. Hacían para este juego unas pelotas de una yerba llamada pachtli, otras de espadañas y juncia, y otras con pencas de tunas, y con estas cosas se tiraban las unas a las otras y se ofendían, aunque no de manera que se maltratasen ni lastimasen, ni que

³ Herodot. lib. 6 et 8. Themistius Oration de Theodosio Humanit.

⁴ Arrianus de Exped. Alex. lib. 3.

⁵ Lib. 1. cap. I.

¹ Div. Aug. de Civit. Dei. lib. 2. cap. 4 y 5.